

MISCELANEAS

ANTONIO JOSE DE SUCRE
Biografía Política
(Notas para una glosa de Inés Quintero) *

Simón Alberto Consalvi **

Desde que Bolívar escribió el primer resumen de la vida de Antonio José de Sucre (como expresión de admiración y de reconocimiento por el triunfo de Ayacucho), la mayoría de las biografías escritas sobre el personaje se han realizado bajo el influjo de la celebración. A partir de este juicio, la historiadora Inés Quintero confiesa su propósito al acometer una biografía de Sucre que tenga otras connotaciones, que se diferencie de lo que llama *«difusión uniforme de una versión idealizada de su protagonismo heroico como prócer emblemático de la independencia»*. A cuantas la historiadora estima como obras narrativas, descriptivas o cronológicas, desea contraponer una biografía del hombre, dentro del muy complejo contexto de su tiempo. No se trata de oponer, sino de contraponer. O sea, una biografía que no escape de la historia y de sus conflictos.

Las biografías escritas sobre el joven Mariscal tienen un valor y una significación indudables. Pero como historiadora, Inés Quintero alienta otras percepciones, una visión profunda de la historia y una comprensión más compleja del papel del protagonista de un proceso político radicalmente contradictorio. A Sucre se le ha visto como *«a un individuo carente de defectos, impoluto, magnánimo y virtuoso»*, dice la profesora Quintero, y esto inevitablemente lo confina a una interpretación propia del *«culto de los héroes»*. No se trata, en todo caso, de buscar pecados o imperfecciones en la vida del Mariscal, sino simplemente de rescatarlo del santoral que le ha impedido adquirir las verdaderas dimensiones de una personalidad que otras sombras pudieron opacar.

* Palabras leídas en la Academia Nacional de la Historia el 5 de noviembre de 1998.

** Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón Letra "C".

La gran sombra es la de Simón Bolívar. Sucre pasó a la historia de la mano de Bolívar, parece ser una conclusión común, y por consiguiente, todo cuanto fue o pudo ser debe girar inevitablemente en torno a él. *«En aras de consagrar el culto que merece el momento inicial de nuestra existencia independiente, se han desatendido, tergiversado o pasado por alto (escribe Inés Quintero) asuntos y problemas que trascienden el enfrentamiento bélico y político y que nos permitirían, desde una óptica crítica y renovada, empezar a dilucidar la magnitud, contrariedades y complejidad de ese período, a todas luces fundamental de nuestra historia».*

A partir de estas premisas, Inés Quintero se propone el estudio de la época y de su dimensión histórica en la América Latina, pero también y de manera no marginal, en la propia España. Con razón piensa que no puede entenderse lo ocurrido en América, sin analizar y sin comprender la decadencia y la caída del Antiguo Régimen en España y los confusos vaivenes de su política. Esta es, a mi juicio, una de las mejores y más claras contribuciones que se han hecho en nuestra historiografía.

Asomarse al Viejo Mundo era un primer paso: esta biografía política de Antonio José de Sucre tiene esa relevancia. Si Sucre, como lo asienta la historiadora, *«vivió y murió por la política, por el poder»*, tratar de verlo fuera de ese contexto equivaldría a desdibujar su personalidad y su papel primordial en un proceso que fue política y también guerra, la guerra, como una derivación de la política.

Inés Quintero aborda cuatro aspectos esenciales del proceso, así: a) el desmantelamiento del Antiguo Régimen español, las contradicciones entre liberales y absolutistas, las batallas por el poder, sus altos y sus bajos, las caídas y los ascensos dentro de un juego político que fue dinámico, a pesar de su decadencia, o por ella misma. Dentro de ese cuadro se precisan los móviles autonomistas de los criollos, la incorporación de Sucre a la lucha independentista y su definición al lado de Bolívar; b) se analiza el fracaso de España al intentar la unidad del imperio, derrotado en la batalla de Ayacucho. *«Es precisamente en esta época, dice la historiadora, cuando a Sucre le corresponde dirigir la campaña del Sur a fin de consolidar la República de Colombia y liberar, no sin dificultades, al Perú».* c) las dificultades de España y, sobre todo, de la monarquía para aceptar la disolución del imperio. Paralelamente, la victoria en América crea problemas y conflictos quizás no previstos en su extensión. *«Tiene lugar, entonces, dice Inés Quintero, un proceso que culmina en el enfrentamiento entre los diferentes intereses y contradictorios objetivos que dividen a los promotores del proyecto».*

A Sucre le corresponde traducir a los hechos las promesas de la emancipación. *«La creación de Bolivia, dice la historiadora, y la puesta en práctica de*

un programa para la nueva nación representa la materialización, en los hechos y bajo la conducción del artífice del triunfo, de un proyecto de difícil implantación. El intento fracasa y su consecuencia directa es la derrota política de Sucre. Finalmente, la historiadora analiza los momentos agonicos de una monarquía insensata y ajena a los sucesos que no se resigna a aceptar la realidad y prolonga, inútilmente, la ficción de un imperio que ya había dejado de existir. Si para España y para Fernando VII la realidad era inexplicable, para los insurgentes de este lado del Atlántico su otra realidad probó ser no menos compleja. «*Simultáneamente, dice Inés Quintero, en América, tiene lugar el fin de la concordia y la unidad americanas, el fracaso y disolución de la unidad colombiana, así como la agudización de las contradicciones que surgen (como) producto de la dificultad que constituye el intento de construir y consolidar de manera autónoma y estable a las nuevas entidades*». Como un corolario de estas desavenencias, se inscribe la muerte de Antonio José de Sucre.

Inés Quintero inicia, pues, su obra con un análisis de la política española en la primera década del siglo XIX. El país invadido y ocupado por fuerzas extranjeras confronta, además, un reto inesperado: la rebelión de las colonias de ultramar. Pero las autoridades o lo que queda de ellas, la malinterpretan como una cuestión pasajera, consecuencia de la situación en la propia metrópoli y de los términos en que inicialmente se postulan sus principios ideológicos. Las juntas que prometen defender «los derechos del monarca español» se transforman con rapidez, y de la fidelidad al Rey se pasa a proclamar la independencia.

El golpe de Estado de Aranjuez de 1808, la sustitución de Carlos IV por su hijo Fernando VII, «*con el fin de adelantar un movimiento regenerador que devolviera la dignidad a España y a la Corona*» pasó a ser el último episodio del antiguo régimen y no el primero de una nueva etapa. La abdicación de Bayona, uno de los capítulos de la historia española estudiados antes por un historiador venezolano (Caracciolo Parra-Pérez) desató, como dice Inés Quintero, «*una de las peores crisis políticas de España*». La reunión de las Cortes en 1810, bajo influencia liberal, lleva a cabo una serie de reformas, entre las cuales consagra la igualdad de los americanos, la abolición de los tributos y la supresión de la Inquisición. Reformas tardías, tomadas por quienes no estaban en condiciones de ejecutarlas.

Como ocurrió con las colonias inglesas del Norte en los primeros tiempos, en América del Sur «*no hay consenso en relación al rumbo y ritmo que deben tomar los acontecimientos*», como dice la historiadora. En España no comprenden cómo puede haber tanta deslealtad hacia el Rey, y que en lugar de actuar como súbditos que debieran estar agradecidos, se aprovechan de sus dificultades para rebelarse. Los constituyentes de Cádiz supusieron que bastaba la declaración de igualdad de los americanos para conjurar la rebelión

y para que sus minorías revolucionarias retornaran al redil monárquico. Menos confiados que los políticos de las Cortes, los mercaderes de Cádiz abogaron por la solución guerrerista. *«Finalmente dice Inés Quintero, la propuesta guerrerista fue animada por los comerciantes de Cádiz quienes dispusieron de un fondo para ello y promovieron en 1811 la creación de la Comisión de Reemplazos la cual, hasta 1820, constituye la fuente y el estímulo de la mayor parte de las campañas militares en América».*

La historiadora observa que, a pesar de esa decisión, la actitud española es moderada y no abandona sus esperanzas en la reconciliación. Entre tanto, en América se va definiendo claramente el espíritu independentista. Inés Quintero analiza la situación país por país y ofrece un panorama pormenorizado de la situación, de las contradicciones y expectativas predominantes en el continente. La reaparición de Fernando VII en el trono en 1814 significa el fracaso de los liberales reformistas, la restauración del absolutismo y el endurecimiento de los antagonismos.

El monarca regresa al trono en un momento propicio para equivocarse en la interpretación de los signos: los rebeldes en América aparecen derrotados en casi todas partes. Esto lleva a pensar a la monarquía que sólo las armas podrían decidir la suerte de la unidad del reino. Los absolutistas proclaman la intransigencia. En mayo de 1814, un periódico demanda medidas enérgicas: *«... en vez de indultos para unos rebeldes contumaces, no manda millares de bayonetas que estableciendo un gobierno militar en todo el reino lo sujeten a la equidad y justicia, pues está demostrado hasta la evidencia que los medios suaves que hasta ahora se han usado sólo han producido libertad en manifestar las opiniones de cada uno y audacia en los intentos de hacerlas efectivas».* No hacía falta tanto énfasis represivo desde la prensa. El propio Rey le pone fin al ensayo liberal con palabras como éstas: *«... declaro que mi real ánimo es, no solamente no jurar, ni acceder a dicha Constitución, ni a decreto alguno de las Cortes generales y extraordinarias y de las ordinarias actualmente abiertas... sino el declarar aquella Constitución y decretos nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubieran pasado jamás tales actos».* Adiós a la igualdad de los americanos. Adiós a las reformas. El retorno de Fernando VII al trono traía consigo aires bélicos.

Este es el tono de la política monárquica, descrito por Inés Quintero, cuando de la bahía de Cádiz zarpa la expedición pacificadora de Pablo Morillo el 17 de febrero de 1815. La historiadora considera que el período 1810-1820 marca el desenlace de dos procesos coetáneos e interdependientes, de dos realidades distintas: la de la España imperial y la realidad de América, ambas contradictorias entre sí y dentro de sí. Por tanto es un proceso de extraordinaria complejidad que reclama del biógrafo o del historiador capacidad de análisis, agudeza en el juicio y ponderación en el análisis y sus conclusiones.

Es inteligente la forma como la historiadora asumió este desafío. «*Es precisamente en este contexto de drásticas mudanzas que transcurre la vida de Antonio José de Sucre y su decisiva participación en la independencia de América del Sur*». escribe. Es, en otras palabras, la dimensión que ella se propuso al abordar la biografía del Mariscal.

Por otra, «De la contingencia familiar al compromiso político» es el capítulo que Quintero nos ofrece para dilucidar la comparecencia de Sucre en la escena.

Sucre nace en Cumaná el 3 de febrero de 1795 en medio de la bonanza de la élite criolla, en una tierra privilegiada por su fecundidad. Ingresa a la Compañía de Húsares Nobles de Fernando VII en la adolescencia; el 19 de Abril lo sorprende en Caracas. Regresa a Cumaná donde también se ha constituido una junta defensora de los derechos del Rey. «*Son los principales de Cumaná los que están al mando y, por tanto, dice Inés Quintero, los hijos de los principales formarán parte de la empresa*».

El 12 de julio de 1810 los hermanos Antonio y Pedro Sucre son graduados de subtenientes de milicias. Sucre actúa en Margarita, Barcelona y Caracas, donde sirve al mando de Francisco de Miranda. Después de la caída de la I República, regresa a Oriente. Una dimensión diferente a la exclusivamente militar aparece entonces en la vida de Sucre: la política. En Oriente asiste a la entrevista de Santiago Mariño y de Simón Bolívar y comienza a divisar la diversidad de criterios entre ambos generales que, como dice la historiadora, se acentuarán en 1814, con la caída de la II República.

Inés Quintero analiza la alianza de Sucre con Bolívar. La razón que encuentra la historiadora para esa decisión, además de los orígenes familiares de Sucre, es la palabra «orden». Es la clave: sin orden, sin disciplina y subordinación no hay garantía de autoridad.

Luego del Congresillo de Cariaco, Sucre va a unirse con Bolívar en Guayana en 1817. La discrepancia entre Mariño y Bolívar persistirá por cierto tiempo. Mariño prefiere la división de mandos, Bolívar la unidad. Luego del fusilamiento de Piar, viene el sometimiento del Libertador de Oriente. «*En este último episodio (dice Inés Quintero) Antonio José de Sucre (...) será pieza fundamental de la negociación*». Pensemos que Sucre tiene entonces 22 años. Vale la pena imaginar la entrevista de Sucre con un hombre como Mariño que no es ni Bolívar, ni Páez, ni el Negro Primero. «*Mariño, dice Caracciolo Parra-Pérez, no es un mantuano de Caracas con doscientos años de atavismo criollo, ni un mestizo llanero que empieza su vida lavando los pies a Mañuelote, ni un negro ingenuamente feroz, descalzo y semidesnudo. Mariño es un gallego-irlandés nacido por azar en la isla de Margarita, descendiente de duques y de condes auténticos, educado por maestros ingleses y en escuela de puros*

europesos». Este es el interlocutor de Sucre que, finalmente, cede ante el joven enviado de Bolívar, y se retira a Margarita. Sucre tiene el título de Jefe de Estado Mayor de la División de Oriente. Organiza el ejército y se guía por una biblia: el «Manual de Ayudantes Generales» de Pablo Thiebault. La alianza con Bolívar es clave para Sucre y es clave para Bolívar. «*A partir de 1820, (escribe la historiadora) Antonio Sucre será protagonista de primera línea en los episodios que le dan su orientación definitiva al proceso emancipador de la América del Sur, no solamente como brazo ejecutor de la victoria militar en Ayacucho, sino también como factor determinante a la hora de llevar a cabo la ejecución del proyecto político que sintetiza la creación de Bolivia*».

«Entre la acción militar y la práctica política» se titula en esta biografía el período que va de 1820 a 1824. Otra vez es la escena española: del fracaso del absolutismo se pasa de nuevo al ensayo liberal, a la persistencia en la reconciliación de las colonias con la metrópoli. Se envían misiones de negociación a la América con instrucciones secretas y precisas y, entre ellas, no olvidar las rivalidades ya manifiestas en algunas regiones. Sin embargo, no se contemplaba el reconocimiento de la independencia. Lo que la historiadora llama «*la mayor contradicción que anima la conducción de las reformas liberales*». Al ensayo liberal lo sustituye, como en un carrusel, otra vez el absolutismo de Fernando VII. El Rey anula en 1824 las gestiones de los enviados a América. Este es un capítulo admirable por el conocimiento de la política española, de sus contradicciones y de su incapacidad para comprender lo que ocurría en América. Si la independencia es fatal, deben tomarse algunas previsiones.

La prescripción para Venezuela no nos resulta halagadora: «*... en caso de desprendimiento de la (provincia) de Venezuela, sería mejor prefiriéndose la cesión de su dominio a cualquier potencia extranjera, que no concediéndole un gobierno independiente. La gente de color que forma la mayoría de sus pueblos, no es en ningún modo prudente que adquiriera el imperio absoluto en ellos, si se quiere evitar que dentro de breves años nos hostilicen en nuestras costas de Europa y de América y sobre todas las aguas de nuestra navegación con el mismo furor y barbarie que los acostumbran sus semejantes los piratas de Africa. Todos debieran interesarse por su propio bien en que se sujetase a Venezuela al imperio de un gobierno extraño, y en que jamás se permitiese su independencia*». Gozábamos, pues, de muy mala fama y, así quería vendernos al mejor postor, la Madre Patria.

Como en una novela, con sus enigmas y suspensos, en esta biografía se pasa de la escena española a la escena americana, al triunfo del proyecto emancipador y a las complejas contradicciones que desata. La reincorporación armoniosa de los insurgentes al régimen constitucional español no ofrece atractivo alguno: lo ocurrido en América es irreversible. El absolutismo de

Fernando VII significará cada vez menos y sus prescripciones serán irrelevantes. A partir de 1824, cuando Sucre triunfe en Ayacucho, los problemas serán de otra naturaleza. Inés Quintero analiza ese proceso en forma pormenorizada. Luego de analizarse el panorama, la historiadora concluye: *“En este complejo universo de desavenencias e intrigas que agitan la dinámica política en Nueva Granada, Venezuela, Quito y Perú, es el escenario en el cual se desenvuelve la actividad de Antonio José de Sucre, primero como jefe de la campaña del sur para el sometimiento de Quito y la consolidación de Colombia y luego como Jefe Supremo de los Ejércitos Unidos para derrotar a España...”*

Sucre es figura primordial de la conquista del sur; en una geografía no menos enigmática que la política, los asuntos militares parecen resolverse con dificultades innumerables, pero se resuelven. El Mariscal pacificó el Alto Perú, la última resistencia realista de América del Sur. En sus diálogos del Cuzco, Sucre no le oculta a Bolívar su desazón y su incertidumbre. La piedra de toque en la vida de Sucre será la creación de Bolivia o sea, “la materialización de la oferta emancipadora” como se asume en esta biografía. La antigua adhesión o coincidencia de Sucre con Bolívar se rompe a la hora de crear un país. Sucre aprueba un decreto para consultar al pueblo, *«para que libres de la opresión española, ejercieran a plenitud su soberanía...»* Bolívar discrepa seriamente de Sucre. Bolívar piensa que el tiempo todavía es de guerra y no está para consultas. Le dice con aspereza a Sucre: *«No quiere ejercer la autoridad de general que le corresponde, ejerciendo de hecho el mando del país que sus tropas ocupan, y quiere, sin embargo, decidir una operación que es legislativa.»*

Entre amigos tan fieles debía encontrarse, y se encontró, el punto de coincidencia. Con tacto, armonizaron sus ideas. El 10 de julio de 1825 se declaró la independencia del Alto Perú: el nuevo país se llama Bolivia y su capital es Sucre. Su Presidente será Bolívar y Sucre, el sustituto en sus previstas ausencias. Poco después Sucre es designado Presidente vitalicio, pero acepta el cargo por sólo dos años.

No se trataba de crear un país de la nada. La cuestión era mucho más desafiante: tenían que emprenderse reformas de toda naturaleza y romper no sólo con el legado español, sino ir quizás más allá. El primer paso es inevitable: reconocer el estado de las finanzas públicas. *«El diagnóstico inicial era desolador»*. Las arcas vacías y las expectativas del milagro de la independencia sin límites. *«En la estrategia modernizadora del programa dispuesto por Bolívar y Sucre, escribe Inés Quintero, una de las acciones tendientes a transformar las bases de la sociedad era, precisamente, dislocar la institución eclesiástica con la finalidad de poner bajo el control del Estado su organización y sus recursos y afectar, de esta manera, su poder económico y su incidencia económica y moral sobre la sociedad.»*

Las reformas le proporcionaron al Estado recursos considerables. 33 monasterios fueron reducidos a 7. El clero regular disminuyó a un tercio. Los terratenientes vieron con buenos ojos la expropiación de las tierras ociosas de la iglesia, confiando en Dios que algún día serían de ellos. La reforma anticlerical tuvo éxito. Pero no así la reforma tributaria, *“de contenidos peligrosamente renovadores”*. Las reformas profundas y profanas del Mariscal, analizadas por Inés Quintero, nos revelan el pensamiento político de Sucre en su verdadera extensión. Esas reformas significarán el fin político de Sucre, porque el cascarón de las sociedades no es menos duro que el de las tortugas.

La política fiscal, la política anticlerical, la resistencia a las reformas por parte de tan compleja población, las aspiraciones de dominio peruano sobre Bolivia, la descomposición dentro del Ejército Libertador, un erario miserable, el mar de intrigas de una sociedad enclaustrada en la geografía y en el tiempo, pusieron fin a su presidencia. *«Maldita sea tanta pobreza y maldito yo, que me he encargado de un gobierno en que las incomodidades aumentan cada día mi fastidio a la carrera pública»* Sólo su propia mano podía escribir un epitafio más desolador. Una revuelta boliviana con el ingrediente de una invasión peruana clausuran el primer capítulo de la historia de Bolivia: el Presidente es expulsado del país de su creación, en 1828. Bolívar lo rescata después de su soledad quiteña: asume la Presidencia del Congreso Admirable de Bogotá. En la frontera venezolana le cierran el paso cuando intenta venir a negociar. Estaban echadas las cartas de la muerte: cuando quiere regresar a Quito lo asesinan en Berruecos. Tenía 35 años. *“Si la derrota dividió a los españoles, escribe Inés Quintero, la victoria, de diferente manera, también dividió a los americanos...”*

Diré, finalmente, que “Antonio José de Sucre / Biografía política” es un gran libro que merece ser leído y releído, y que como pocas veces ocurrió antes, no sólo nos ilustra sobre los confusos vaivenes de la política española y sobre la enormes contradicciones que la independencia suscitó en nuestros países, sino que nos da una visión del Mariscal que, probablemente, tenga connotaciones de redescubrimiento.

Inés Quintero

“Antonio José de Sucre

Biografía política”

Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1998.

5-11-98

Simón Alberto Consalvi
(1998)